

PRÓLOGO

Àngels Carabí y Josep M. Armengol

El debate sobre los varones y la masculinidad está en el aire en las sociedades de hoy. Temas como qué significa ser hombre hoy en día, qué esperan las mujeres de los hombres, los cambios en las relaciones entre varones y mujeres en el espacio laboral y en el ámbito doméstico, las nuevas paternidades, la amistad y el amor entre varones, el nuevo énfasis en la estética y cuidado del cuerpo masculino, etc. son objeto de conversación en las tertulias de amigos y familia, entre las mujeres, y entre los mismos hombres. Es un debate que tiene su espacio en los periódicos, en la radio y en la televisión. También en el mundo de la moda y en los gimnasios. Está en las aulas de las escuelas, entre las dudas de la adolescencia y en la madurez. Y también está penosamente grabado en el cuerpo abusado de las mujeres, en los rostros desencajados de los hombres maltratadores aterrorizados de sí mismos, y en los despachos de los médicos y de los psiquiatras. La masculinidad no conoce fronteras de edad, de color de piel, de clase social, de orientación sexual, ni de nacionalidad porque pervive en todas ellas. Pero, a pesar de ello, carece de una historia «de verdad» porque, hasta hace muy poco, no se la había observado de cerca, indagado sus orígenes, su forma de actuar y, sobre todo, no se la había contemplado como algo artificioso, construido culturalmente, y profundamente injusto para las mujeres y, paradójicamente, también para los hombres.

Desde el siglo pasado, el feminismo ha estado luchando para mostrar cómo el género resulta un elemento esencial en la configuración de

nuestras vidas. El género —junto con otros factores como la raza, la clase social, la orientación sexual, la edad, etc.— actúa como agente protagonista de la distribución del poder en todas las sociedades del mundo en que vivimos. Desde sus inicios, los análisis sobre el género se centraron en las mujeres, dado que estas han sido el principal objeto de abuso de las políticas patriarcales. Pero a partir de los años ochenta surgieron, inspirados en el feminismo, los llamados «estudios de las masculinidades», cuyo objetivo principal es mostrar cómo la construcción cultural del género no solamente ha determinado el comportamiento de las mujeres, sino también el de los varones.

Muchos hombres son desconocedores de esta realidad porque los mecanismos de que se ha servido la masculinidad tradicional, como indica el sociólogo Michael Kimmel, los han convertido en seres «privilegiados», invisibles a ellos mismos. De hecho, la dominación masculina se ha nutrido a lo largo de los siglos de su propia «invisibilidad» para seguir existiendo. Sin embargo, los cambios sociales relativamente recientes, entre ellos la espectacular entrada de la mujer en la esfera pública, han sacudido los comportamientos tradicionales de las mujeres, y también los de los varones.

Las mujeres, gracias al trabajo de reflexión (y de acción) del feminismo han sido las principales agentes impulsoras de ese cambio social y, por ello, están mucho más preparadas para repensarse a sí mismas y determinar su papel en la sociedad. Los varones (no todos) han vivido de perfil —y a menudo, a regañadientes— las profundas reflexiones de sus compañeras y ahora se sienten desconcertados ante la realidad que les toca vivir. Tanto los más maduros como los más jóvenes se encuentran desprovistos de un discurso propio que les permita explicarse lo que está ocurriendo, ya que los códigos masculinos tradicionales son obsoletos y los nuevos están todavía por elaborar. Las reacciones a este desconcierto son múltiples. Hay algunos varones que procuran aferrarse a la vida «a la antigua» y, faltos de la palabra, recurren a la violencia para afirmarse. Otros se apuntan a la modernidad imitando nuevos modelos estéticos, como si tener un cuerpo musculoso y lustroso o lucir un nuevo «look» implicase revestir su forma de ver el mundo. Ya es sabido que el hábito no hace al monje y que el cambio hacia una masculinidad no dominante, es decir, una masculinidad no

sexista, no racista y no homófoba, pasa por la autocrítica y el diálogo con quienes hace ya tiempo que están trabajando para reconstruir el conocimiento. Esto significa hablar con las mujeres, las minorías raciales, los homosexuales, etc., y repensar los códigos tradicionales de la masculinidad. Hay muchos hombres que, afortunadamente, ya han iniciado este proceso y con su comportamiento están modificando conceptos como la paternidad o la amistad entre varones —y entre hombres y mujeres. Estos hombres están siendo conscientes de la ineludible valía de las emociones, tradicionalmente reprimidas por las normas patriarciales, y prestan su apoyo a los movimientos a favor de la igualdad de género y en contra de la violencia doméstica. Estos «nuevos» varones están iniciando un movimiento importantísimo que aporta nuevas pautas de conducta masculina y, por ello, de relaciones de género.

Llegados a este punto, resulta imperativo encontrar las palabras para nombrar la masculinidad y observarla, no como un concepto monolítico e inamovible, sino como un constructo de género que puede ser modificado. Esto significa desproveerla de su paradigma de normalidad, desuniversalizarla y democratizarla para que todos, varones y mujeres, encontremos en ella nuevas señas de identidad que permitan pensar en formas alternativas de ser hombre más justas y equitativas.

Este es, de hecho, el objetivo de nuestro libro. Intentamos contribuir, en la medida de lo posible, a pluralizar el debate sobre la masculinidad y a estimular su desarrollo y estudio en nuestro país, aportando las opiniones de especialistas provenientes de campos tan diversos como la sociología, la psicología, la antropología, la teoría fílmica y literaria, los estudios de raza y los de sexualidad. Asimismo, hemos incluido un capítulo sobre el análisis de la masculinidad desde el punto de vista de la biología evolucionista ya que, si bien el análisis de género en el campo de las humanidades sigue una línea primordialmente construcciónista, también entendemos que la biología inspirada en la crítica feminista puede contribuir a la lucha por la equidad entre hombres y mujeres.

El libro recoge el resultado de cinco entrevistas realizadas en Nueva York a reconocidos especialistas en el tema, varios artículos preparados por académic@s de rango internacional, así como el contenido del seminario que llevamos a cabo en la Universitat de

Barcelona con Lynne Segal, una de las figuras más emblemáticas en el estudio de las masculinidades. Acompañamos el volumen de un DVD que contiene una selección (30 min.) de las entrevistas con subtítulos en catalán y castellano. Queremos añadir que este volumen es uno de los resultados de los seis años de investigación llevada a cabo en el seno de los proyectos «Reescribiendo la masculinidad» y «Construyendo nuevas masculinidades» (Instituto de la Mujer, exp. nº. 42/98 y 62/03, respectivamente, dirigidos por Àngels Carabí), proyectos adscritos al Centre Dona i Literatura/Cátedra UNESCO Mujeres, desarrollo y culturas de la Universitat de Barcelona.

En el primer capítulo, «Los estudios de la masculinidad: una introducción», el sociólogo Michael Kimmel, miembro del proyecto «Construyendo nuevas masculinidades», analiza los orígenes y la evolución de esta disciplina cifrando sus comienzos a finales de los años setenta. Inspirados en el feminismo, los presupuestos de estos estudios fueron primero asumidos por la psicología pero, pronto, otras disciplinas como la sociología, la antropología, la historia, los estudios literarios y filmicos, y la biología incorporaron estas perspectivas. Kimmel resalta la importancia de las aportaciones de la crítica feminista y los estudios gays, y hace especial hincapié en la violencia de género, que él vincula a la construcción patriarcal de la masculinidad. Kimmel sugiere la necesidad de transformar la masculinidad normativa como uno de los medios para alcanzar la igualdad entre hombres y mujeres en una misma cultura, y en culturas y etnias diferentes.

En «Culturas de la masculinidad», el antropólogo David Gilmore nos invita a un viaje que explora distintas masculinidades en diferentes sociedades del mundo. Según Gilmore, en la gran mayoría de culturas, la masculinidad se fundamenta en lo que él denomina las tres 'P': protección, provisión y potencia. El varón debe proteger a su familia, debe proveer a sus dependientes y debe probar su potencia sexual y reproductiva. Gilmore opina que el hombre se siente inseguro con respecto a su masculinidad y necesita demostrar constantemente su hombría —ante las mujeres y, sobre todo, ante otros varones— mediante duras pruebas y, a veces, mediante peligrosos rituales de iniciación. Si bien admite que la gran mayoría de culturas en el mundo son patriarcales, existen algunas comunida-

des en las que el concepto de masculinidad dominante está ausente y el ideal de hombre en ellas es un varón tímido, dialogante, no violento ni guerrero. En estas sociedades, la violencia de género es nula.

Krin Gabbard, profesor de estudios fílmicos y literatura comparada, nos comenta en «Hombres de película» cómo los estudios de las masculinidades han contribuido a innovar los estudios tradicionales de cine. Inspirados en la teoría fílmica feminista, que ya desde los años setenta mostró la pluralidad de representaciones femeninas y maneras de mirar a las mujeres en el cine, los estudios de las masculinidades deconstruyen igualmente la visión monolítica del varón, y exploran la diversidad de imágenes masculinas en la gran pantalla. Aunque el cine de Hollywood nos ha ofrecido representaciones tradicionales de hombres duros y poco sensibles —como el vaquero, el guerrero o el soldado invencible—, Gabbard sostiene que los filmes cumplen un papel crucial en la configuración de modelos de género y, por ello, pueden actuar como impulsores de modelos alternativos de virilidad.

En «Hombres de novela», el profesor y crítico literario David Leverenz reflexiona sobre la construcción y representación de las masculinidades en la literatura de Estados Unidos y propone una relectura contemporánea de su propia obra *Manhood and the American Renaissance* (1989), estudio clave sobre representaciones de la masculinidad en la literatura norteamericana de mediados del siglo XIX. Según Leverenz, los recientes estudios de la masculinidad y los estudios gays nos ayudan a descubrir el homoerotismo, implícito o explícito, de obras de escritores tan significativos como Washington Irving, Henry David Thoreau o Walt Whitman, así como a revisitar las representaciones del hombre individualista y solitario de autores como Nathaniel Hawthorne o Herman Melville. Leverenz concluye diciendo que la masculinidad es una «pura ilusión que carece de consistencia y, por ello, totalmente susceptible de ser desarmada».

En «Perspectivas queer», Carolyn Dinshaw, directora del Centro de estudios de género y sexualidad de la Universidad de Nueva York, nos muestra cómo los estudios de las masculinidades beben de los estudios de género, de los estudios feministas y también de los estudios gays y queer. Trabajos muy significativos sobre la

masculinidad proceden de los estudios gays y lésbicos, como por ejemplo *Female Masculinity* (1998) de la académica queer Judith Halberstam, quien analiza la masculinidad femenina y la muestra como un aspecto también propio de las mujeres. Dinshaw aborda un tema polémico respecto al cambio de nomenclatura de «estudios de la mujer» a «estudios de género» en algunos programas en Estados Unidos. Aunque en fechas recientes se ha comenzado a hablar del «postfeminismo», Dinshaw concluye que el feminismo continúa siendo indispensable para eliminar la oposición, todavía existente, entre el espacio público (masculino) y el privado (femenino).

La entrevista titulada «Raza y masculinidad», realizada a David L. Eng, teórico queer y de estudios asiaticoamericanos, incorpora el tema de la raza al análisis de las masculinidades. Los estudios de las masculinidades étnicas, explica Eng, surgieron gracias a la confluencia de los estudios feministas, los estudios étnicos y los estudios gays y resultan especialmente útiles para cuestionar el supuesto universalismo del varón blanco heterosexual. Centrándose en la construcción de la masculinidad asiático-americana, Eng analiza las raíces históricas y políticas de los estereotipos que representan al varón asiático como feminizado y emasculado, y muestra cómo autor@s contemporáne@s cuestionan estos estereotipos y proceden a su deconstrucción.

Linda Jones, especialista en estudios islámicos, continúa explorando, en «Masculinidades del islam», los vínculos entre masculinidad y etnicidad, esta vez en relación con las masculinidades musulmanas. Jones analiza los códigos árabes preislámicos de la masculinidad, de los que surgieron el profeta Mahoma y la cultura islámica, y muestra cómo el Islam reconfiguró las definiciones de género. Habla también de los discursos de las masculinidades que competían entre sí dentro de los contextos históricos de la España árabe medieval, y reflexiona sobre cómo el contacto con un Occidente dominante, tanto desde un punto de vista político como cultural, ha redefinido la construcción tradicional de la masculinidad en Irán, Iraq, Palestina, Egipto y Afganistán desde el siglo XIX hasta nuestros días.

En «Biología y género(s)», la bióloga evolucionista Patricia Adair Gowaty indica que si bien la biología tradicionalmente ha señalado diferencias irreductibles entre los dos sexos, existen gran número

de similitudes entre «machos» y «hembras» en la naturaleza. Gowaty explica que los rasgos biológicos no son la única causa de la diferencia sexual, ya que la sociedad y el ambiente interactúan con la genética, dando lugar a las variaciones de género. Gowaty argumenta las maneras en que las aportaciones de la biología pueden contribuir a la lucha feminista por la equidad entre hombres y mujeres e indica que no hay un «gen» de la masculinidad ni de la feminidad, sino múltiples maneras de ser hombre y mujer, dado que la propia naturaleza es variada y cambiante, no rígida o monolítica.

La psicóloga Lynne Segal, en «Los hombres tras el feminismo: ¿Qué queda por decir?», reflexiona sobre el futuro de los varones tras el movimiento feminista y opina que el creciente interés en el análisis de los hombres y las masculinidades deriva de las percepciones populares de una «crisis» de la masculinidad. Segal comenta que el aumento de estos estudios en los últimos años ha generado un debate entre las feministas, temerosas de que la atención que reciben los hombres relegue a las mujeres a un segundo plano en el campo de la investigación sobre el género. Segal minimiza la tensión y afirma la conveniencia de profundizar en esta línea de análisis para el beneficio de los estudios de género en general. En otra línea, Lynne Segal habla de los efectos del postestructuralismo y de los estudios queer sobre los estudios de las masculinidades y cree que el énfasis postmoderno en la mutabilidad, fluidez e inconsistencia del género ha contribuido a cuestionar oposiciones binarias tradicionales como hombre/mujer, masculinidad/feminidad o hetero/homosexualidad. Sin embargo, no ha servido para erradicar totalmente el falocentrismo y la desigualdad de género, ya que la dominación masculina continúa estructural y globalmente. Segal opina que el cambio del hombre hacia la igualdad está seriamente amenazado por la reinstauración de unas masculinidades violentas y militaristas en el contexto internacional de nuestra época. Pese a ello, Segal muestra cómo los varones son también víctimas de la violencia, y cómo el hecho de prestar atención al sufrimiento de los hombres contribuye a debilitar el mito de la invulnerabilidad masculina.

En el epílogo, titulado «La masculinidad a debate», se recoge el diálogo entre Lynne Segal y los miembros del proyecto de investi-

gación «Construyendo nuevas masculinidades». En el encuentro, que tuvo lugar en la Universitat de Barcelona, se trataron varios temas, como el diálogo entre el feminismo y los estudios de las masculinidades, el debate entre el discurso postestructuralista y los objetivos políticos del feminismo, la función política de las emociones de los varones en la lucha por la igualdad de géneros, el análisis del amor entre hombres como fuente para un análisis histórico de la homosexualidad masculina, la construcción de las identidades adolescentes de género actuales, las aportaciones de la biología evolucionista a los estudios de género y de masculinidad, el psicoanálisis y las masculinidades étnicas, el futuro del género y de las identidades de género, los movimientos de hombres en la actualidad, la globalización y las nociones fundamentalistas de identidad, y las nuevas aportaciones de Lynne Segal al estudio de las masculinidades.

Esperamos que los diferentes trabajos recogidos en el presente volumen (así como la selección de fragmentos de las entrevistas en formato DVD que lo acompaña) contribuyan a estimular la reflexión sobre la construcción de las masculinidades y, sobre todo, a repensar la masculinidad normativa. Temas tan preocupantes como la creciente violencia de género en contra de las mujeres evidencian la necesidad y la urgencia del cambio de la configuración patriarcal de la masculinidad. No cabe duda de que el camino hacia la plena equidad entre hombres y mujeres pasa por la transformación y redefinición de las masculinidades y de las relaciones de género tradicionales. Si el feminismo fue la gran revolución del siglo XX, el cambio del varón, como ha argumentado la psicóloga feminista Victoria Sau, podría ser la revolución social más importante del siglo que iniciamos.